

## RØLØSØ Arauco N. 20

# SIMBOLISMO DEL MANDIL

Aunque humilde, el mandil es uno de los símbolos primordiales de la masonería. No es difícil adivinarlo: es el primer regalo que hace la orden al iniciado, el primer símbolo que se le revela, la primera característica exterior que lo identifica como masón; y es, por otra parte, omnipresente en el rito masónico, el único ropaje del masón (porque las joyas son sólo ornamentos indicadores de un cargo). Sólo los más altos grados están eximidos de portarlo; todos los demás deben usarlo al interior del Templo. Pero no al exterior: el mandil, como tantos otros objetos cargados de significado, no debe ser profanado empleándolo fuera del espacio sagrado.

Tratándose, pues, de un *objeto*, podemos comenzar su estudio partiendo de una constante razonablemente universal. Es frecuente descubrir, al investigar las tradiciones, que los objetos terminan acogiendo sobre sí un sinnúmero de significados a lo largo de los siglos; y que pocas o ninguna de sus características han sido dejadas al azar. Por tanto, empecemos descomponiendo al mandil masónico básico (propio de los aprendices) en sus facetas significantes:

- Su color: blanco, en el caso de compañeros y aprendices; y blanco con ribetes de color de acuerdo al rito, en el de los maestros.
- Su material: en rigor, debe ser de piel de cordero.
- Su uso: se debe llevar ceñido al cuerpo por una cuerda que forma un círculo alrededor del portador, a la altura de la cintura, dividiendo su figura en dos partes aproximadamente iguales.
- Su forma: cuadrada o ligeramente rectangular, coronada por una babeta triangular.

Según el *Diccionario de los Símbolos* de Hans Biedermann, el blanco puede entenderse de dos maneras contrapuestas: o bien como lo inmaculado, lo que todavía no ha sido coloreado, o

como la unión final de todos los colores del espectro. En el primer caso representa el candor y la inocencia, teñida de ignorancia, del Jardín del Edén; en el segundo, el estado último de santificación alcanzado tras un proceso purificador, el Paraíso propiamente dicho.

El mandil masónico alude más bien al segundo de estos sentidos, sobre todo si tomamos en consideración el *momento* en que es entregado al aprendiz. Sólo después de su iniciación y sus pruebas simbólicas; sólo habiendo superado esta clásica representación de la muerte y el renacimiento, puede el profano vestir el mandil, asumiendo con él su nueva condición dentro de la orden. Así pues, el mandil de color blanco representa la pureza alcanzada por medio de los ritos iniciáticos de la masonería.

El material añade un detalle a esta intelección: el cordero es símbolo de inocencia por antonomasia, y también de *sacrificia* el que realizan los hermanos masones en cada uno de sus trabajos, al luchar contra el dogmatismo y la ignorancia.

El uso del mandil contribuye a orientar todas estas impresiones en una sola dirección. El masón ha de ponérselo por encima de toda otra prenda; casi como si *protegiere* su cuerpo y su ropa de la suciedad con la que trabajaban los albañiles (cuyo mandil los envolvía casi por entero). Hay que recordar que muchas tradiciones hacen uso de la vestimenta blanca: la túnica de lino del sacerdote católico (apropiadamente llamada *alba*), el manto que los esenios daban a sus novicios, la capa que protege al oficiante del sacrificio en los ritos persas. Esta vestimenta tiene su explicación: para entrar al Templo y adorar al Dios hay que estar libre de las impurezas de fuera; en masonería, la ausencia de mandil de uno solo de sus miembros vuelve irregular a una tenida. De este modo, la “pureza” plasmada en el color blanco se une a la “protección” encarnada en el simbolismo de la vestimenta.

Pero ¿de qué tendría que protegerse el masón? Aquí se inserta el segundo gran complejo de significados del mandil, que nos pone a salvo de las impurezas surgidas en el curso de nuestro *trabajo*. Y ¿cuál es este trabajo? Evidentemente, el de *desbastar la piedra bruta*: transformar la roca informe, caótica, que yace a los pies de la columna de aprendices en la noble que decora la columna de compañeros y maestros. Únicamente de este trabajo, constante y permanente, se desprenden el bien, la virtud, el conocimiento y la luz; únicamente a través de él se pasa de la inocencia primigenia a la salvación eludiendo la corrupción del mundo profano (con lo que retornamos, por otra vía, a los temas del sacrificio y la iniciación). Este simbolismo se ve reforzado por el hecho de que los grados

más altos puedan ya operar sin mandil: se entiende que, concluida su labor, han “dejado de trabajar”.

La costumbre ordena que el aprendiz deje la babeta de su mandil levantada con el doble fin de cubrir la mayor superficie posible de su cuerpo y de simbolizar, con la punta que tiende al cielo, su anhelo de crecer espiritualmente. Asimismo, al colocarse el mandil en la cintura, se divide al cuerpo en dos mitades: la región inferior, depósito de desordenadas pasiones, y la superior, vehículo de la razón. Se repite en este punto el segundo y más sutil significado del signo propio del aprendiz: mantener las pulsiones lejos de la cabeza, sede de la reflexión.

Resta por interpretar un único aspecto, más profundo. De la forma del mandil se desprenden muchos otros hilos. Salta a la vista que su base cuadrada y la babeta triangular equivalen a la proyección unidimensional de la piedra trabajada (una pirámide que nace de un cubo). El cuadrado, como el cubo, representa la *materia*, la tierra, la esencia que nos constituye y que debemos cincelar hasta la perfección (la igualdad de sus lados). El triángulo, como la pirámide, expresa por sus vértices los tres puntos del alma masónica (Salud, Fuerza, Unión; Sabiduría, Fuerza, Belleza; Libertad, Igualdad, Fraternidad; ver, oír y callar) y, por extensión, la razón misma, la *forma*. Finalmente, la cuerda que lo adhiere al portador simboliza, en su estructura circular, la perfección absoluta del *espíritu*, fuente de la animación de los otros elementos y destino final del adepto.